

La justicia. De la selva a la resurrección

Antonio Calvo

Filósofo. Miembro del Instituto E. Mounier.

Querido hermano y amigo:

Me dices que le hable de la justicia a una persona sencilla y sin estudios; a una persona que no ha podido ir a la Universidad, ni siquiera al Instituto. Pensando en los pobres.

Yo pienso, como tú, que un pobre no es alguien que uno explica, sino ante quien uno se explica (o debería). Si detrás de una palabra de hombre –varón y mujer– hay un hombre cabal, la palabra no puede ser, sin blasfemia, un mero pensamiento en voz alta. Un hombre entero no es nunca un hombre dividido, su pensamiento es acción y es para la acción, porque *la acción es la verdad del hombre*.

Mal puedo hablar de justicia a un pobre, yo, que tan apegado estoy a los usos y costumbres norteamericanas. Sin embargo, y con dolor y vergüenza en cada letra que escribo, intentaré decir; en realidad, me diré una vez más a mí mismo lo que pienso de la justicia.

Siguiendo el sistema de los grandes saltadores, voy a dar un paso atrás en el tiempo para poder saltar luego más lejos, tan lejos como sea capaz de hacerlo con el impulso de la experiencia humana que yo comparto.

1. Justicia y naturaleza

Situémonos en la selva. Hace millones de años la chispa de la llama

alza a ser persona, que habría de incendiar las estructuras cerebrales con un ardor inextinguible, no había estallado todavía. Vivíamos en grupos bien adaptados a nuestro entorno, respondíamos a los estímulos del hambre, de la procreación, del cansancio, de la rivalidad... No teníamos libertad para responder como personas.

Cuando, en el transcurso de la evolución, hace muy pocos millones de años, tal vez tres o cuatro, algún antropoide comenzó a diferir su respuesta, y su *pensamiento*, aunque rudimentario, se fue haciendo reflexivo, *simbólico*, un avance decisivo, cualitativo, se fue introduciendo en el Universo. Estos primeros humanos empezaron a relacionarse con su entorno de una forma creativa, sus *tendencias* naturales les abrían un ámbito nuevo: el de las *preferencias* y, sobre ellas, se iba manifestando, aunque tímidamente, una capacidad de elección. La nueva forma de relación consistía en elegir, entre varias posibilidades, una; en ser *libres de* los estímulos que nos habían determinado hasta entonces.

Desde que este hecho fue sucediendo, hace muy poco tiempo en el largo proceso evolutivo que consideramos de alrededor de 14.000 millones de años, el camino recorrido ha sido vertiginoso.

En la selva no había justicia, porque la justicia requiere inteligencia proyectiva y decisión de re-

alizar el proyecto. Allí sólo había la «ley» de la selva. El más fuerte se come al débil. Nacer, crecer, reproducirse, y morir. De la naturaleza a la naturaleza.

2. Justicia e historia

Con la estructura personal, ésa que hemos visto emerger de la naturaleza hace un momento, se inaugura el *misterio*, y con el misterio, la *inquietud* irrefrenable.

Los humanos iban percibiendo que, al poder elegir entre distintas posibilidades, se realizaban mundos inexistentes y diferentes según las *opciones* adoptadas; también constataban que no todos los mundos inventados eran igualmente válidos para lo que se pretendía. Se fueron elaborando así, sobre la incipiente libertad, formas mejores y peores de ser y de estar en el mundo que se transmitían a los demás creando las *culturas*, y trazando, tímidamente, el camino de la *historia*.

La selva había sido una etapa necesaria en la creación del hombre. La historia era la Creación, que contaba en su proceso creativo, con la libertad del hombre.

A partir de este momento evolutivo, la creación sería también lo que el hombre quisiera hacer. El hombre no era un creador desde la nada, pero, sin ninguna duda, *estaba llamado a participar en el proceso creativo*.

3. Justicia, universalidad

El hombre es un *caminante*. Su vida se le ofrece como un *quehacer* en el que puede introducir sus *proyectos*. El hombre, al ir viviendo, sobre-vive, está por encima del mero vivir, se apropia de la vida, y hace de la vida, su vida. La vida sólo es verdaderamente humana cuando la acoge y la vive en libertad.

Al ir cayendo en la cuenta de que no existe en el universo ningún ser tan valioso como él, ha ido creando las condiciones para salvaguardar y promover que su ser se desarrolle adecuadamente. Estas condiciones que crean el ámbito en que puede respirar a gusto la persona es el ámbito del *derecho*.

En la evolución humana el derecho aparece como la letra que encarna el espíritu de amor que surge de la persona, es el medio del que se va sirviendo esta fuerza de personalización, en que consiste el amor, para construir un espacio en el que pueda vivir a la altura de su dignidad descubierta. El derecho es un *intermediario necesario* entre la ley de la selva y el amor: la comunidad.

La justicia es el amor que los hombres consiguen ir poniendo en pie contra las injusticias que siempre intentan echarlo abajo. Una construcción siempre más sobria que la pasión que lo inspira.

Decíamos que en la creación emergía un ser inteligente y creador: libre –para ser justos y rigurosos, deberíamos decir siempre: *co-creador*, puesto que nada creado puede ser y hacer por sí mismo–. Andando el tiempo, no comprender bien la condición humana, pretender que humildad y libertad se oponen, en vez de necesitarse, se manifestó como el mayor obstáculo para poder ser plenamente humanos. Querer ser como Dios, sin Dios; por nuestras solas fuerzas. ¡Qué le vamos a hacer! La limitación en el conocimiento y la liber-

Filosofía para un tiempo de crisis

dad permiten estos alardes de ignorancia. Ilustrados: prometeos y narcisos van siempre con nosotros.

3.1. Autocreación. Sujeto ético.

El hombre se manifestaba un creador en el mundo. Pero se fue dando cuenta de que las opciones que tomaba también eran eficaces en otro sentido: además de hacer realidades nuevas, lo que el hombre hacía le iba haciendo a él mismo. El ser humano cayó en la cuenta de que era *creador de sí mismo* al ir haciendo el mundo y en la relación con los otros hombres. En una buena parte, nuestro destino estaba en nuestras manos.

La historia, el tiempo de un ser personal, inauguraba un tiempo inédito en la naturaleza. Esta *nueva manera de ser* consistía en que, desde que nace un ser personal, lo que va viviendo no se pierde, sino que va configurando su presente y su futuro, va acumulando en su yo actualizado los frutos de sus opciones, que pasan a ser su realidad, su naturaleza apropiada, su *llegar a sí mismo*. Este camino, que cada cual va trazando desde que nace y mientras vive, constituye su *biografía*. En el dinamismo de la relación personal se forman los grupos y los pueblos que van escribiendo la historia.

La historia es, pues, todas las experiencias personales y todos los saberes unidos en un dinamismo abierto que nos va revelando cada vez más la realidad, sin poder nunca llegar a desentrañar su misterio.

Acercándonos desde dentro del espacio-tiempo a la eternidad.

4. Justicia e ilustración

A un hombre en-amorado se le reconoce, en primer lugar, porque hace progresar la justicia entre los hombres. *La justicia es una exigencia del amor* que nos mueve.

Sin embargo, la percepción que hemos tenido de nosotros mismos ha ido cambiando a medida que la experiencia humana ha sido más rica en amplitud y en profundidad.

En la *antigua cultura judía*, por ejemplo, era habitual la *«Ley del Talión»* que venía a decir algo parecido a: «el que la hace la paga con la misma moneda», ojo por ojo. Es una manera de relación con el otro que todavía está muy arraigada en nuestra cultura y que sigue vigente en multitud de situaciones, más o menos transformada.

También sabemos que *los griegos*, padres de la democracia y de buena parte de la cultura occidental, alcanzaron una gran idea del hombre que desarrollaron en su ciudadanía, en la *polis*. Sin embargo, incluso los más sabios de aquel tiempo, convivían con la esclavitud de otros humanos que, para ellos sólo eran seres útiles; al parecer, sin que les «remordiera la conciencia».

En realidad, hasta la experiencia del *cristianismo* y su rotunda proclamación y testimonio de que todos los hombres somos *hijos de Dios* y, por tanto, *hermanos* entre nosotros, la semilla de la *universalidad de la dignidad* de todo ser humano no pudo echar raíces en la historia.

Este momento culminante de la historia introduce un dinamismo en la idea del hombre que va a converger en el concepto de *persona*: un *individuo-comunitario*, un existente de quien sólo el amor puede dar razón, porque el amor es el único que es capaz de unir a los

Filosofía para un tiempo de crisis

hombres sin anular sus diferencias; por el contrario, teniéndolas como la mayor riqueza.

La razón de que el hombre sea así no está en sí mismo, sino en que está siendo creado a imagen y semejanza de su Creador. La persona es el único ser creado capaz de hacer presente en sus obras de amor a quien le hace ser verdaderamente humano.

A la luz de esta nueva perspectiva alcanzada sobre la verdad del hombre, la justicia se manifiesta como el camino necesario hacia la comunión de todos los hombres. Un camino, sin embargo, insuficiente, y que sólo se legitima en la medida que prepara incansablemente la amistad entre los hombres.

La última *Ilustración*, recogiendo fundamentalmente la experiencia griega y judeo-cristiana acumulada en la historia, proclamó la universalidad de la dignidad de todos los hombres por el hecho de serlo. Esta fue su grandeza. Introdujo también una confianza excesiva en que la razón humana sería capaz de lograr un mundo libre, igual y fraterno con sus solas fuerzas. Éste fue su error. Un error recurrente en la historia y narrado en las diferentes culturas (Adán, Prometeo).

5. Justicia y mundialización

Hoy, aquella Tierra que se descentró en relación al Universo y fue cambiando su esquema provincial por el mundial a partir del Renacimiento, es apenas una aldea del inmenso Cosmos para sus habitantes. El imparable avance de los intercambios comerciales y de las comunicaciones por satélite han resquebrajado las antaño altivas fronteras y reducido el poder de los Estados.

Nada tendríamos que decir si la mundialización de capitales y productos estuviera al servicio de una mayor amistad entre los hombres.

Sin embargo, en un momento de la historia en el que los hombres podrían disponer de medios nunca alcanzados hasta ahora para hacer del mundo un verdadero hogar, en medio de una naturaleza respetada, los frutos acumulados de nuestra capacidad creativa y de nuestra libertad, están pasando a *propiedad privada* y para provecho de unos pocos.

Las doscientas multinacionales más importantes manejan la cuarta parte de la economía mundial y sólo emplean al 0,75% de la mano de obra mundial, algo menos de 19 millones de personas.

El 75% de los medios de comunicación USA está en sus manos y a su servicio.

El *mercado* de personas y de productos, un mercado en el que todo tiene un precio, donde no existe la gratuidad, gobierna las relaciones entre los seres humanos. *Los que lo manejan consideran normal que muera el que no puede pagarse la vida.*

6. Justicia y resurrección

Hacer la justicia entre los hombres siempre ha sido una *virtud*. Una apuesta personal primeramente, ya que, según la fecunda tradición experiencial humana a la que me adhiero, sin *conversión*, sin transformación del corazón, no es posible la transformación de las estructuras sociales.

Pero, la conversión de un hombre no se da sólo en el interior, ni

es lo que alguna equivocada manera de expresión llamaría «espiritual», sino en el *hombre entero*, por tanto, en sus obras, ya que el hombre es moral cuando no separa las dos manifestaciones de su *dinamismo personal: pensamiento y acción*.

Según esta creencia, toda conversión verdadera se expresa en una *revolución cotidiana*, en la lucha organizada junto a los demás hombres que comparten la misma fe *para hacer de la convivencia una amistad*.

Esta tarea es a la que se adhiere un hombre cuando quiere vivir humanamente. *Es una tarea dura*. Exige una permanente conversión personal *contra* el acomodo, la pereza, la delegación y *las mil formas cotidianas de dimisión*. Exige exponerse, ensuciarse, dar la cara, tomar partido frente a los poderosos y entre los miserables. Dos exigencias, dos llamadas que sólo un hombre en-amorado del hombre y creyente en el hombre, es decir, una persona cabal, puede escuchar y responder. Contra los que responden como una persona «estoy presente y dispuesto», la experiencia histórica muestra que la inmensa red de aniquilación de los poderosos trabaja a pleno ritmo para reducirles a la nada. Casi siempre lo consigue, al menos en la historia.

Entre los que nos matan y los que se nos mueren, la vida, ay, se nos va a chorros. Los hombres no somos capaces de recuperar a nuestros muertos queridos. El amor humano no es capaz de sacar del anonimato, de la miseria y del olvido, del horror y de las esclavitudes, de las luchas fracasadas por sobrevivir, a la inmensa muchedumbre de seres humanos que sólo han sido juguetes rotos y desechados por los poderosos de turno o por la naturaleza indomable y carente de sentimientos.

El amor humano, por sí mismo, no puede hacer que vivan para siempre, y se dirijan recreados ha-

Filosofía para un tiempo de crisis

cia su plenitud sus seres entrañablemente amados.

Si la muerte fuera la última palabra habrían vencido los que viven en la historia a costa de la miseria y de la muerte cotidiana de los demás. Se cerraría el tiempo sobre sí mismo como una burla circular. «¿Todo es vil materia, podredumbre y cieno...?»

Sin embargo, *la experiencia más honda del ser personal* no es ésta. Su experiencia es que el amor, la confianza y la esperanza, la búsqueda incansable de la verdad presentada en un diálogo vivo, transforman radicalmente a quien así vive y le envuelven en *una experiencia de resurrección y de sentido*.

La conversión personal nos lleva a la revolución social; la revolución social y el amor a los hombres, vivos y muertos de toda la historia, y también a la entera creación, *nos pide a gritos creer en la resurrección*

para que la revolución sea plena, para que vivir no sea un mal sueño.

Pero, sólo el amor de Dios puede hacer nuevos cielos y nueva tierra en los que las personas seguirán estando como en su hogar; para que, incluso aquellas que en la historia espacio-temporal pisotean a sus hermanos sin reconocerlos, hermanos a los que consideran enemigos o meros utensilios, puedan seguir su plenificación humana.

Sin Amor no hay creación. Sin Amor no hay justicia. Sin Amor no hay resurrección de todo lo creado, ni fundamento esperanzado para la revolución cotidiana. Nuestro ser personal nos abre, en-amorado y creyente, a una realidad que se nos manifiesta sin poderla demostrar. *Creer por entero en esa realidad es el más hermoso riesgo* que puede correr el hombre. La existencia de esa realidad sería, sin duda, la mejor noticia que se podría dar a los maltratados de la historia. Una noticia que sólo es creíble anunciándola desde el compromiso de una vida fiel y alegre. Desde la experiencia de una gratuidad que se nos muestra como la única capaz de liberarnos del resentimiento y de la amargura. La cultura de la pobreza y el amor que inspira la búsqueda cotidiana e ineludible de la justicia no puede conformarse con menos que el cielo.